

la Alhambra. Formó parte del cortejo de los Soberanos cuando entraron triunfalmente en aquel último asilo del islamismo, viendo ya más allá de los muros y valles de Granada otras conquistas y otras entradas triunfales en dominios más vastos. Comparado con sus proyectos, todo le parecía pequeño.

Realizada esta conquista en 1492, la paz que la siguió dió lugar á otra reunión de examinadores de sus planes en Sevilla, con objeto de informar á la Corona. El informe, que en vano combatió como en Salamanca Diego de Deza, fué que se rechazasen los ofrecimientos del aventurero genoves, si no como impíos, al menos como comprometedores de la dignidad de la corte de España, que no podía autorizar tamaña empresa estando basada en muy débiles fundamentos.

Sin embargo, influyendo doña Isabel en su esposo, dulcificó éste la dureza del informe del tribunal al comunicarlo á Colon; haciéndole esperar que en cuanto quedase realizada la completa pacificación de España con la expulsión total de los Moros, la corte favorecería con subsidios y con buques la expedición de descubrimientos y conquistas de que hablaba tantos años ya.

XX.

Mientras esperaba Colon, sin mucha confianza, la realización de las promesas del Rey, constantemente aplazadas, y de los deseos de doña Isabel, acercóse á dos grandes señores españoles, el duque de Medinasidonia y el de Medinaceli, para que intentasen la empresa á su costa. Uno y otro duque poseían puertos y buques en la costa de España, y

a) pronto les sonrió la perspectiva de la gloria y poderío que traerían á sus casas dominios marítimos, pero incredulidad ó indolencia les hizo abandonar la idea. Encarnizábase contra Colon la envidia, ántes aún de que la mereciese por un triunfo; perseguíale anticipadamente y como por instinto hasta en sus esperanzas, disputándole lo que apellidaba quimeras, y oprimiéndole hasta el punto de que, llorando, abandonase otra vez su tentativa. La frialdad de los ministros al escucharle, la obstinación de los frailes en rechazar sus ideas como una impiedad de la ciencia, las promesas vanas y las eternas dilaciones de la corte, produjéronle desaliento tal, despues de seis años de angustia, que renunció definitivamente á nuevas solicitudes ante los soberanos de España, determinando ir á ofrecer su imperio al rey de Francia, del que habia recibido algunas insinuaciones.

Arruinado, abatido, cansado de esperar, destrozado el corazón por la necesidad de alejarse de aquella doña Beatriz, á la que tanto amaba, partió al fin de Córdoba á pié, no ya confiando en el porvenir, sino para buscar á su fiel amigo, el prior Juan Perez, en el convento de la Rabida. Propóníase recoger á su hijo Diego que habia dejado allí, traerle á Córdoba, y ántes de marchar á Francia encargarlo á doña Beatriz, madre de Fernando, su hijo natural. Educados los dos hermanos bajo la dirección y cariño de la misma mujer, experimentarían recíprocamente el amor fraternal, que era la única herencia que podia dejarles.

XXI.

Lágrimas derramó el prior Juan Perez cuando vió á su amigo á pié, vestido con mayor pobreza que la primera vez, llamar á la puerta del convento, atestiguando con lo raído de sus ropas y la tristeza de su rostro la incredulidad de los hombres y la ruina de sus esperanzas. Pero la Providencia habia ocultado otra vez el resorte de la prosperidad de Colon en el seno de la amistad. La fe del pobre fraile en la verdad y porvenir de los descubrimientos de su protegido, en vez de abatirle, le indignó, dándole caritativo valor contra sus desgracias. Abrazóle, gimió y lloró con él; pero recobrando en seguida su energía y autoridad, mandó llamar de Palos al médico Fernandez, antiguo confidente de los misterios de Colon, á Alonso Pinzon, rico navegante del puerto, y á Sebastian Rodríguez, piloto muy experto de Lepi. Desarrollando de nuevo Colon sus ideas ante aquel tribunal de amigos, les entusiasmó hasta el fanatismo. Suplicáronle que no marchase, que intentase fortuna otra vez y que conservase á España, aunque incrédula é ingrata, la gloria de una empresa única en la historia. Pinzon prometió contribuir con su fortuna y sus barcos al armamento de la flotilla inmortal en cuanto el Gobierno le autorizase para ello. El P. Juan Perez escribió, no ya al confesor de la Reina, sino á la Reina misma, interesando su conciencia, al mismo tiempo que su gloria, en una empresa que habia de sacar de la idolatría á naciones enteras trayéndolas á la fe; apeló á todos los recursos de la elocuencia, empleando el lenguaje que persuade, porque toma ca-

lor en la amistad y en el engrandecimiento de la patria. Desalentado Colon y negándose á llevar aquella carta á una corte cuya inacción y aplazamientos tan dolorosamente habia experimentado, encargóse el piloto Rodriguez de llevarla él mismo á Granada, donde residian á la sazón los Reyes; marchando acompañado por los buenos deseos y oraciones del convento y de los amigos que Colon tenia en Palos.

Catorce dias despues de su partida, viéronle volver alegremente al convento. La Reina habia leído la carta del P. Juan Perez, y leyéndola, habia visto confirmadas sus favorables disposiciones hácia el Genoves. Mandaba que inmediatamente se presentase el venerable prior en la corte, y que Colon esperase en la Rábida el regreso del P. Juan Perez y la resolucion del Consejo.

Regocijándose el prior ante el buen aspecto de la fortuna de Colon, mandó en el acto ensillar su mula y se puso en camino solo, aquella misma noche, por medio de una comarca infestada de moros. Ni el más leve temor le embargaba, porque sentia que velaba por él el cielo, protegiendo en él el gran designio cuya realizacion habia confiado á su amigo.

Llegó, y ante su nombre abriéronse las puertas del Palacio. Vió á la Reina é hizo brotar con mayor fuerza en ella, con el ardor de su propio convencimiento, la fe y entusiasmo que por sí misma habia sentido en favor de aquella empresa. Su piedad hizo á la marquesa de Maya, favorita de doña Isabel, que se declarase en favor del protegido del santo religioso. Aquellos dos corazones entusiastas, inflamados por la elocuencia de un fraile en favor de los proyectos de un aventurero, triunfaron de la resistencia de la corte. Doña Isabel envió á Colon una cantidad de sus fondos particulares para que com-

prase una mula y ropas y viniese inmediatamente á la corte; y el P. Juan Perez, quedando á su lado para apoyar á su amigo con sus relaciones é influencia, mandó un mensajero á la Rábida, portador de las buenas noticias y del socorro pecuniario; mensajero que habia de entregar el dinero y la carta al médico Fernandez, de Palos, para que éste trasmitiese una y otra cosa á Colon.

XXII.

Comprada la mula, y habiendo tomado un criado, marchó el Genoves á Granada, y recibió autorización para debatir sus planes y condiciones con los ministros del Rey.

«Vefase entónces—escribe un testigo ocular—á un hombre oscuro y desconocido seguir la corte, confundido ante los consejeros de dos coronas, con la muchedumbre de importunos pretendientes, retirado á los rincones de las antecámaras, repasando en su imaginacion pomposos proyectos de descubrimiento de un mundo. Grave, melancólico y abatido en medio de la alegría pública, parecia contemplar con indiferencia la terminacion de aquella conquista de Granada, que enorgullecia al pueblo de dos cortes: aquel hombre era Cristóbal Colon.»

Los obstáculos procedieron ahora del mismo Colon, quien, seguro del continente que ofrecia á España, queria, en respeto de la grandeza misma del presente que iba á hacer al mundo y á sus soberanos, estipular para él y sus descendientes condiciones dignas, no de él mismo, sino de su obra: porque careciendo de legitimo orgullo, hubiese creído arecer de fe en Dios y de dignidad en su mision.

Pobre, solo, abandonado, trataba como soberano de posesiones que solamente veia en su pensamiento.

«Un mendigo—decia Fernandez de Talavera, presidente del Consejo—pone á los reyes condiciones de rey.»

Exigia Colon el título y privilegios de almirante, autoridad y honores de virey en todas las tierras que añadiese con sus descubrimientos á España, y el diezmo á perpetuidad para él y sus descendientes, de todas las rentas que produjesen aquellas posesiones.

«Extrañas exigencias en un aventurero,—exclamaron sus adversarios en el Consejo,—que le darian previamente el mando de una flota y la posesion de un vireinato sin límites, si triunfase en su empresa, y que á nada le comprometeria si no triunfara, puesto que en su pobreza actual nada tiene que perder.»

Sus exigencias extrañaron al principio, y concluyeron por indignar; ofreciéronle condiciones ménos onerosas para la Corona; pero á pesar de su indignancia y desvalimiento, todo lo rehusó. Cansado, pero no vencido por diez años de tentativas, desde el dia en que concibió su pensamiento y lo ofreció en vano á los potentados de la tierra, hubiérase avergonzado de rebajar algo en el precio del don que le habia dispensado Dios. Retiróse respetuosamente de las conferencias con los comisionados de D. Fernando, y montado otra vez, solo y desvalido, en la mula que le regalara la Reina, emprendió de nuevo el camino de Córdoba, para marchar desde allí á Francia.

XXIII.

Al enterarse doña Isabel de la partida de su protegido, tuvo como el presentimiento de las grandes cosas que con aquel hombre predestinado se alejaban para siempre de ella, y se indignó con aquellos comisarios que regateaban con Dios, según exclamaba, el precio de un Imperio, y principalmente el de millones de almas abandonadas, por culpa suya, á la idolatría. La marquesa de Maya, y Quintanilla, el inspector de Hacienda, alentaban sus remordimientos participando de ellos; y el Rey, más frío y calculador, vacilaba, conteniéndole el gasto de la empresa en aquel momento de penuria para el Tesoro.

«Pues bien,—exclamó doña Isabel con arrebatado de generoso entusiasmo;—yo sola me encargo de la empresa para mi corona personal de Castilla. Empeñaré mis joyas y diamantes para atender á los gastos de armamento.»

Aquel arranque de energía femenil triunfó del económico D. Fernando, y, con sublime cálculo, adquirió inmensos tesoros de riquezas y provincias para las dos monarquías. El desinterés inspirado por el entusiasmo es la verdadera economía de las grandes almas y la sabiduría verdadera de los grandes políticos.

Corrieron, pues, tras el caminante, y el mensajero que doña Isabel le mandó para llamarle, le encontró á pocas leguas de Granada, en el puente de Pinos, desfiladero famoso entre dos rocas, donde moros y cristianos habían confundido frecuentemente su sangre en las aguas del torrente que se-

paraba las dos razas. Enternecido Colón, volvió para echarse á los piés de doña Isabel, quien con sus lágrimas había conseguido de D. Fernando la ratificación de las condiciones que exigía Colón. Al servir la abandonada causa de aquel hombre, la Reina creía servir la del mismo Dios, ignorado por aquella parte del género humano que el Genoves iba á conquistar á la fe, y veía el reino celestial en las adquisiciones que su protegido conquistaría para su Imperio. D. Fernando contemplaba en la empresa su reinado terrestre. Soldado de la cristiandad en España y vencedor de los moros, el Papa declaraba súbditos suyos cuantos él añadía á la fe romana; dándole de antemano las bulas de la corte de Roma pleno dominio sobre los millones de hombres que los descubrimientos de aquel aventurero traerían al cristianismo. A sus ojos, todo lo que no era cristiano, era esclavo de derecho; toda parte de la humanidad que no estuviese marcada con el sello de Cristo, no tenía sello humano. Roma, á nombre de su soberanía espiritual en la tierra y en el cielo, la daba ó cambiaba, y D. Fernando era bastante creyente y al mismo tiempo bastante político para dejar de aceptarla.

El tratado entre D. Fernando, doña Isabel y aquel pobre aventurero genoves que algunos años ántes llegó á pié á su capital, sin otro asilo que la hospitalidad de un convento, quedó firmado en Granada el 17 de Abril de 1492, tomando doña Isabel por sí sola, y á cargo de su reino de Castilla, todos los gastos de la expedición. Justo era que arriesgase más en la empresa la que creyó ántes en ella, y justo era también que la gloria del triunfo y la gratitud de los siglos coronasen su nombre más que cualquier otro nombre. Designóse á Colón el puer-

tecillo de Palos, en Andalucía, para organizar la expedición, y como punto de partida de la escuadra. El pensamiento que en el convento de la Rábida, inmediato á Palos, concibieron el P. Juan Perez y sus amigos en sus primeras conversaciones con Colon, volvía al lugar de su origen. El prior de aquel convento iba á presenciar los preparativos y á contemplar desde su celda la primera vela que desplegaría su amigo hácia aquel mundo desconocido que habían visto juntos con los ojos del genio y de la fe.

XXIV.

Numerosos obstáculos, imprevistos, aparentemente insuperables, se opusieron de nuevo á los favores de doña Isabel y á la realización de las promesas de D. Fernando. Carecía de dinero el tesoro real; los buques, empleados en servicios más urgentes, se alejaban de los puertos españoles; los marineros se negaban á engancharse para tan larga y misteriosa travesía y desertaban á medida que iban reclutándolos. Obligadas las ciudades del litoral, por orden de la corte, á suministrar barcos, vacilaban en obedecer y desarmaban los buques sentenciados por la opinión general á segura pérdida. La incredulidad, el terror, la envidia, la sátira, la avaricia y hasta la sublección, rompieron cien veces en manos de Colon, y hasta en las de los mismos agentes de la corte, los medios materiales de ejecución que le había proporcionado el favor de la reina doña Isabel, pareciendo que fatal genio obstinado en luchar con el genio de la unidad de la tierra, quería separar para siempre los dos mundos que el pensamiento de un hombre pretendía reunir.

Dirigíalo todo Colon desde el convento de la Rábida, donde su amigo el prior Juan Perez le había hospedado de nuevo, y sin la intervención é influencia de aquel pobre religioso hubiese fracasado otra vez, y acaso definitivamente, la decretada expedición. Cuantas órdenes partían de la corte eran impotentes ó quedaban desobedecidas, y fray Juan tuvo que recurrir á sus amigos de Palos que confiaron en su fe, en sus ruegos y en sus consejos, logrando el amigo de Colon llevar el convencimiento y esperanza que le inspiraban al ánimo de tres hermanos, ricos navegantes de Palos, los Pinzon. Creyeron éstos oír la voz de Dios en la del anciano religioso, y se asociaron espontáneamente á la empresa, suministrando dinero, armando tres barcos, de los llamados entónces carabelas, enganchando marineros en los puertecillos de Palos y de Moguer, y para animar y dar ejemplo de confianza á las tripulaciones, dos de ellos, Martín Alonso y Vicente Pinzon, decidieron embarcarse y tomar á su cargo el mando de sus buques. Gracias á este generoso auxilio de los Pinzon, tres barcos, ó mejor dicho, tres barcas, la *Santa Marta*, la *Pinta* y la *Niña*, se encontraban listas para hacerse á la mar el viernes 3 de Agosto de 1492.

XXV.

Al amanecer, acompañado Colon hasta el muelle por el prior y la comunidad del convento de la Rábida, que bendijeron el mar y los barcos, abrazó á sus hijos, que dejaba confiados á fray Juan Perez, y embarcó en la mayor de las tres carabelas, enarbolando en ella la insignia de almirante de un Océano

ignorado y virey de tierras desconocidas. Apañábase en compactos grupos en la playa el pueblo de la costa y de ambos puertos para presenciar la partida que, según la preocupación general, no había de tener regreso. Cortejo de duelo era aquel más bien que saludo de buen viaje, dominando más la tristeza que la esperanza, más las lágrimas que las aclamaciones. Las madres, esposas é hijos de los marineros execraban en voz baja á quel funesto extranjero que, con sus mágicas palabras, había seducido el ánimo de la Reina y que comprometía tantas vidas sin otro fundamento que un sueño. Seguido Colon á despecho, como todos los grandes hombres que arrastran un pueblo más allá de sus preocupaciones, entraba en lo desconocido al rumor de murmullos é imprecaciones. Esta es la ley de las cosas humanas. Todo aquello que se eleva sobre la humanidad, aunque sea para conquistarla una idea, una verdad ó un mundo, la hace murmurar. El hombre es como el Océano, tiende al movimiento, y por su peso natural á la inmovilidad. De estas dos tendencias contrarias nace el equilibrio de su naturaleza: ¡desgraciado de quien lo rompe!

XXVI.

El aspecto de aquella flotilla, apenas comparable con una expedición de pesca ó de cabotaje, era el más á propósito para contrastar á los ojos y ante la mente del pueblo, con la magnitud de los peligros que con temeridad tan grande iba á arrostrar. De las tres carabelas, una sola, la que montaba Colon, tenía cubierta, siendo un barco mercante, débil, estrecho, viejo y quebrantando por las olas. Niun-

guna de las otras dos tenía cubierta, y una ola habría bastado para sumergirlas: pero la popa y la proa estaban muy elevadas sobre el mar, á la manera de las galeras antiguas, teniendo medias cubiertas, bajo las cuales se refugiaban los marineros en los temporales é impedían que el peso de una ola embarcada hiciese zozobrar la nave. Estos barcos tenían dos palos, uno en el centro y el otro en la popa; el primero llevaba una sola vela grande y cuadrada, y el segundo vela latina triangular. Largos remos, rara y difícilmente empleados, se armaban durante las calmas en las bordas bajas del centro, pudiendo, en caso necesario, impulsar lentamente la carabela. En aquellos tres barcos, de tamaño diferente, distribuyó Colon los ciento veinte hombres que formaban el total de sus tripulaciones, y solamente él embarcó con rostro sereno, mirada segura y tranquilo corazón. En diez y ocho años trascurridos, sus cálculos habían tomado en su espíritu el vigor de la realidad, y aunque ya había pasado de la mitad de la vida, teniendo entónces cincuenta y siete años, no daba valor alguno al tiempo trascurrido, reconcentrando su existencia y su mirada en lo porvenir, sintiéndose jóven con la esperanza de la inmortalidad. Como para tomar posesion de aquellos mundos hácia los cuales orientaba sus velas, escribió y publicó, en cuanto embarcó en su buque, solemne relato de todas las fases que su espíritu y fortuna habían recorrido hasta entónces para concebir y realizar su proyecto; añadiendo la enumeracion de los títulos, honores y mandos con que los Soberanos acababan de investirle sobre sus futuras posesiones é invocando á Cristo y á los hombres para que protegieran su fe y fuesen testigos de su constancia.

«Y por ello,—decía terminando aquella proclama al antiguo y nuevo mundo,—me obligó á no dormir durante esta navegacion y hasta la realizacion de todas estas cosas.»

XXVII.

Blanda brisa de Europa le impulsó suavemente hácia las Canarias, última recalada de los navegantes del Océano, y aunque daba gracias á Dios por aquellos buenos comienzos que contribuian á tranquilizar las tripulaciones, tal vez hubiese preferido que viento tempestuoso le llevase rápidamente fuera de los rumbos conocidos y frecuentados por los buques. Temía, con razon, que la vista de las lejanas costas de España atrajese con la invencible dulzura de la patria los ojos y el corazon de tímidos é indecisos marineros que vacilaron hasta en el momento de embarcarse. Necesario es en las empresas supremas no dar á los hombres tiempo para reflexionar ni ocasion para arrepentirse. Bien lo sabía Colon, y deseaba ansiosamente pasar los límites de los horizontes conocidos, y que dependiese de él solo la posibilidad del regreso, poseyendo solamente él el secreto del derrotero, de los mapas y de la brújula. Demasiado bien fundada estaba su impaciencia por perder de vista las costas del antiguo continente. Una de las tres carabelas, la *Pinta*, cuyo timon se habia roto y que hacía agua por la cala, le obligó, á pesar suyo, á ponerse en demanda de las Canarias, para cambiarla allí por otro barco. Tres semanas perdió en aquellos puertos sin poder encontrar buque apropiado para su larga travesía, viéndose obligado á carenar la *Pinta* y poner otro velámen á la

Niña, barco pesado y lento que retrasaba su marcha. Renovó también el agua y los víveres, no permitiéndole la pequeñez y falta de cubierta de los barcos llevar provisiones sino para determinado número de días.

Alejándose ya de las Canarias, el aspecto del volcan de Tenerife, en plena erupcion que inflamaba el cielo y reverberaba en el mar, infundió terror en el ánimo de los marineros, que creian ver la espada flamígera del ángel que arrojó del Eden al primer hombre, prohibiendo á los hijos de Adán la entrada en mares y tierras cerrados para ellos. El almirante pasó de un barco á otro para disipar el pánico y explicar científicamente á aquellos hombres sencillos las leyes físicas del fenómeno. Pero la desaparicion del pico de Tenerife, cuando se hundió en el horizonte, les entristeció tanto como les habia aterrado su aspecto. Aquél era para ellos el último faro, el último límite del viejo mundo. Al perderle de vista creyeron haber perdido hasta los jalones de su camino á través de inconmensurable espacio, sintiéndose como desprendidos de la tierra y navegando en el éter de otro planeta, apoderándose de todos completa postracion de cuerpo y de espíritu, y pareciendo espectros que habian perdido hasta su tumba.

Otra vez les reunió Colon en torno suyo en su barco, reanimando su alma con la energía de la suya; y entregándose, cual poeta de lo desconocido, á la elocuente inspiracion de sus esperanzas, les describió, cual si ya las hubiese visto, las tierras, las islas, los mares, los reinos, las riquezas, la vegetacion, el sol, las minas de oro, las playas sembradas de perlas, las montañas resplandecientes de piedras preciosas, las llanuras embalsamadas por el

arona de las especias, que se alzaban y extendian para ellos al otro lado de aquel mar cuyas olas llevaban los barcos á la posesion de aquellas riquezas y maravillas. Pintadas estas imágenes con los brillantes colores de la rica imaginacion del almirante, les reanimaba y daba valor; soplando constante y suavemente del Este los vientos alisios, secundaban la impaciencia de los marineros. Solamente la distancia podia espantarles ya; y para ocultarles Colon una parte del espacio á través del cual navegaban, deducia diariamente de su cálculo de leguas marinas de esta manera á pilotos y marineros en la mitad del camino. Secretamente, y para él solo, anotaba la verdadera *estima*, para conocer él solo tambien el número de leguas que habia recorrido y los jalones del rumbo que queria conservar ocultos á sus rivales. Y en efecto, ilusionadas las tripulaciones con la igualdad del viento y la tranquila oscilacion de las olas, creian flotar lentamente en los últimos mares de Europa.

XXVIII.

Tambien hubiese querido ocultarles un fenómeno que empezó á ocurrir á doscientas leguas de Tenerife, y para el que no encontraba explicacion en su ciencia: este fenómeno era la variacion de la brújula, último, y, en su opinion, infalible guia que vacilaba á su vez en los límites de un hemisferio desconocido. Durante algunos dias guardó para sí aquella duda terrible; pero los pilotos, atentos como él á la bitácora, observaron muy pronto aquellas variaciones. Asombrados á su vez, y ménos decidi-

dos que su jefe en la inquebrantable resolucion de desafiar hasta á la misma naturaleza, creyeron que los elementos se perturbaban ó cambiaban su ley en el borde del espacio infinito; y el vértigo que suponian en la naturaleza se apoderó de sus ánimos. Pálidos y temerosos, se comunicaron sus dudas y abandonaron los buques á merced de los vientos y las olas, únicos guias que tendrian en adelante. Su desaliento consternó á los marineros, y Colon, que en vano procuraba explicarse á sí mismo aquel misterio, cuya razon todavia busca la ciencia en nuestros dias, recurrió otra vez á su poderosa imaginacion, brújula íntima con que le habia dotado el cielo, inventando una explicacion falsa, pero especiosa para hombres sin cultura, explicacion por la que atribuia las variaciones de la aguja imantada á la influencia de astros nuevos que circulaban alrededor del polo, cuyos alternativos movimientos en el firmamento seguia la brújula. Esta explicacion, conforme con los principios astronómicos de la época, satisfizo á los pilotos, devolviendo la fe y la tranquilidad á los marineros. La presencia de una garza y de un ave tropical que á la mañana siguiente aparecieron volando alrededor de los palos de la flotilla, operó en sus sentidos lo que las explicaciones del almirante habian operado en su pensamiento. Aquellos dos habitantes de la tierra no podian vivir en un océano sin árboles, sin hierbas y sin agua dulce, considerándolos, por tanto, las tripulaciones como dos testigos que venian á confirmar, ántes de la prueba ocular, las meditaciones de Colon, navegando entónces con mayor confianza bajo la fe de un ave. La suavidad de la temperatura, igual y serena en aquella parte del Océano, la limpidez del cielo, la transparencia del agua, los juegos de los delfines

alrededor de la proa, la blandura del viento, los perfumes que de lejos traían las olas, que parecían brotar entre sus espumas, la refulgente brillantez de las constelaciones, todo concurría en aquel hemisferio á dar tranquilidad á los sentidos y convencimiento al ánimo. Respiraban los presagios del mundo invisible aún, y recordaban los días resplandecientes, los astros queridos y luminosas noches de primavera en Andalucía.

Segun escribió Colon, «solamente faltaba el ruiseñor.»

XXIX.

También el mar comenzaba á ofrecer presagios, flotando frecuentemente sobre las olas plantas desconocidas. Algunas—dicen los historiadores del primer viaje de Colon—eran plantas marinas que solamente crecen en los bajos próximos á tierra; eran otras, plantas saxilarias que arrancan las olas á las rocas; otras fluviales; no faltando algunas que, recientemente desarraigadas, conservaban el fresco color que da la savia, trayendo una un cangrejo vivo, navegante embarcado en un tallo de hierba. Aquellas, plantas y aquellos seres vivos no hubieran podido resistir muchos días en el mar sin marchitarse ó morir. Atravesó el espacio un pájaro de los que nunca posan en las olas, ni duermen jamás sobre el agua: de dónde venía? ¿á dónde iba? ¿podía estar lejano el punto de su descanso? Más adelante el Océano cambiaba de temperatura y de color, indicio de desiguales fondos; en unos parajes parecía inmensas praderas marinas, cuyas hierbas separaba la proa y dejaban por algun espacio abierta la estela; por tar-

ce y mañana, lejanas nieblas, como las que suelen cubrir las cimas elevadas del globo, presentaban en el horizonte formas de playas y montañas. A punto de brotar estaba de todos los labios el grito de tierra, y Colon procuraba no confirmar ni desvanecer tampoco esperanzas que servían á sus propósitos reanimando á sus compañeros; pero no se creía á más de trescientas leguas de Tenerife, y, segun sus conjeturas, no encontraría la tierra que buscaba hasta setecientas ú ochocientas leguas mas alla.

XXX.

No contando entre sus compañeros con amigos de corazón bastante esforzado para igualarle en constancia, así como tampoco bastante seguros para guardar la confidencia de sus temores secretos, el almirante ocultaba á todos sus conjeturas; no teniendo, durante aquella larga travesía otro interlocutor que su propio pensamiento, ni más conversacion que con los astros y con Dios, por quien se sentía apoyado. Casi sin dormir, como dijo en su proclama de despedida al viejo mundo, pasaba los días en su camarote de popa, anotando en caracteres que solamente comprendía él, las latitudes, los espacios que creía haber atravesado, y pasaba las noches sobre cubierta, con los pilotos, estudiando los astros y observando el mar. Casi siempre solo, como Moisés al guiar al pueblo de Dios por el desierto, inspiraba á sus compañeros, con su gravedad meditabunda, respeto unas veces, desconfianza otras, y hasta terror que le alejaban de él; aislamiento y distancia que casi siempre se observa alrededor de los hombres superiores en ideas y resoluciones á